

## TUNEZ DESPUES DE LA DECLARACION DE INDEPENDENCIA

**S**OBRE el conjunto de los países que en el uso corriente se suele denominar Africa del Norte, es decir, los tres que une el sistema montañoso del Atlas, se viene señalando como su nota actual más importante la de la «aceleración de la Historia», porque en los tres se saltan etapas y se precipita el ritmo de sus evoluciones político-sociales. Eso se manifiesta con formas más visibles en Marruecos y con sacudidas más violentas en Argelia. Pero acaso sea la nación beylical de Túnez o Tunicia aquélla donde los fenómenos del apresuramiento sirvan mejor para pulsar el estado general del fondo común norteafricano, no sólo porque Túnez lleva más tiempo madurando su emancipación, sino por el carácter geográfico y cultural de puerta abierta del Norte de Africa a los Estados de la Liga Arabe con los cuales linda y se enlaza por el Sur, mientras en la mayor parte del resto Tunicia se extiende sobre las costas del Mediterráneo oriental y del occidental. Así es indudable que después de la declaración de independencia del 20 de marzo la cuestión tunecina ha adquirido un nuevo valor de nudo de cuestiones internacionales (norteafricanas, arábigas y mediterráneas), que exigen una atención especial.

Sobre los antecedentes del papel simbólico y central tunecino, siempre vienen a la mente y a la pluma los recuerdos de que Túnez fué el sitio donde el «Pacto fundamental» de 1857 resultó de hecho la primera Carta constitucional de un país árabe, y de que desde 1908 Túnez fué el sitio donde se creó el primer partido político con un contenido netamente nacional. Pero por el conocimiento concreto de lo que Túnez significa ahora, basta referirse a la fecha de aquel mes de julio de 1954 en que el Gobierno parisién de Mendès-France se apoyó sobre las realidades humanas de Tunicia para hacer allí un experimento audaz de retorno a los fundamentos de la convivencia

franco-tunecina. Túnez fué desde entonces un reactivo que irradiando al resto de los países de su grupo geográfico dió en ellos nuevos rumbos a las evoluciones políticas. Pues indudablemente la crisis del verano de 1954 que en Argelia provocó el comienzo de los movimientos de resistencia nació de la decepción de haberse quedado los argelinos sin posibilidades de un diálogo como aquel en que los tunecinos triunfaban. Y en cuanto a Marruecos, un deseo de equiparación natural de lo que entonces eran los dos protectorados, fué el comienzo del proceso de tensión que llevó a reponer al legítimo Sultán Muley Mohammed V.

La situación de ejemplo de una cuestión tunecina sobre las de los otros dos países era una novedad dentro del período o los períodos en que sobre los tres se ejercieron acciones de ocupación francesa, pues cada uno seguía una evolución separada. Un poco como consecuencia del peso de sus medios ambientes físicos, otro poco por lo diferente de sus estructuras tradicionales heredadas, y mucho más por los modos totalmente distintos de ejercerse la acción de Francia. Con una explicación acaso demasiado pintoresca, pero no por ello menos cierta, podía decirse antes de 1954 que Francia actuaba en Argelia desde dentro; en su zona de ocupación marroquí desde fuera, y en Tunicia al lado, aunque muy estrechamente. En Argelia la multiplicidad inicial de beylicatos turcos litorales, estadillos religiosos-urbanos, y grandes tribus movibles, facilitó el empeño de una colonización predominante que al crear una forma unitaria lo hizo de modo más leguleyo que realista cuando asimiló el suelo argelino a departamentos como los de Francia. En Marruecos las realidades del acta de Algeciras, la zona jalifiana y la zona tangerina mantenían un vínculo internacional predominante sobre el del acuerdo de Fez del 1912. Y en Tunicia, principado militar que procedía de un verreinato turco autónomo, hubo sencillamente un relevo de la tutela lejana de Estambul, por otra tutela más apretada de París, pero sin que desapareciese el cuadro turco heredado que sólo se desdobló en una serie de organismos paralelos franceses.

Las formas distintas de los antecedente y de los establecimientos franceses sobre el Norte de Africa pesaron también sobre los orígenes de los movimientos nacionalistas musulmanes locales. Así en Marruecos, donde el protectorado francés había sido consecuencia accesoria de una serie de acuerdos anteriores en los que prevalecían

juntos el internacionalismo y la soberanía de los sultanes, el despertar político fué un alejamiento del núcleo de atracción francés para volver al centro de equilibrio del Imperio. En Argelia, el empeño de los primeros dirigentes de sus «élites» dentro de la equiparación a lo metropolitano de las viejas Galias, nacía de la convicción de que no pudiendo entonces dejar de tener todas las cargas y obligaciones de la ciudadanía francesa, querían tener también la totalidad de los derechos y posibilidades. En realidad las actitudes de los adelantados argelinos y marroquíes no eran contrarias entre sí, sino medio vueltas en direcciones diferentes que se adaptaban a las posibilidades de cada uno respecto a las administraciones francesas locales. Pero Túnez resultaba del todo diferente.

Como en el principado de los Beys se había implantado un condominio de poderes con un teórico paralelismo entre el país protector y el protegido, las primeras reivindicaciones de los tunecinos (latentes desde el año 1883, en que la convención de La Marsa, estableció el protectorado) tendieron a que el sistema de Gobierno local no dejase nunca de ser una dualidad en equilibrio. Obraba también el curioso antecedente de que durante el siglo XIX la aceleración del proceso de diferenciación y autonomía de Túnez respecto al Imperio turco había sido apoyado por los Gobiernos franceses (sobre todo en el Congreso de Berlín de 1878, donde por presión francesa el Sultán de Estambul renunció a sus derechos de soberanía material). Pudo decirse maliciosamente por varios adversarios de la presencia francesa, que los Gobiernos de París habían ayudado a que Túnez se emancipase para que fuese más débil y poderle así ocupar. Pero fué un antecedente que Francia no podía ni quería anular, y que obró siempre a favor del dualismo en el sistema del protectorado beylical.

Fué, asimismo, muy característico el desarrollo de las acciones y reacciones de tunecinos y franceses en torno a la aplicación de los sistemas administrativos derivados de los tratados del Bardo y La Marsa, el hecho inicial de que la ocupación tunecina no sólo no se realizase después de largas campañas militares (según ocurrió con las ocupaciones de Argelia y Marruecos), sino que comenzase con un entrecruce de diversos textos legales e interpretaciones de dichos textos, que interrumpían o desviaban una iniciada evolución constitucional, pero no podían anular ni suprimir sus fundamentos. Así cuando en 1908 se fundó el «Partido tunecino» de Ali Bach Hamba, su

programa era, sobre todo, jurídico-administrativo, pidiendo que los tunecinos participasen legalmente en los cuadros oficiales y burocráticos de su país para no perder lo antiguo, sino sólo adaptarlo a las circunstancias. Y desde 1920 el partido «Destur» (mucho más tarde llamado «Viejo Destur») del Chej Abdulaziz Taalbi, al tomar el moderado nombre de «Constitucional» (en vez de «nacionalista», «liberador» u otro de aspectos combativos), demostraba que su empeño básico era seguir la línea del Pacto Fundamental de 1857 y la Constitución proclamada el 26 de abril de 1861.

Ese tono moderado no era pasividad sino manifestación política de una tendencia general netamente tunecina, que definidores ilustres de lengua francesa (como el famoso R. P. Demeerseman, director del Institut des Belles Letres Arabes) han calificado de «sagesse tunisienne», de humanismo, de cerebralismo. Los tunecinos, hijos de aquella cartaginesa «madriguera de abogados» de que hablaban los los autores de Roma, y herederos muy directos de la sabiduría islámico-andauza a través del sevillano de Túnez Ibn Jaldun, siempre han tenido fama de ser uno de los pueblos más intelectuales del arabismo, sin dejar de ser, además, un pueblo mediterráneo tan central como Italia. Ellos conservaron y renovaron hasta el pasado siglo los elementos de cultura islámica más netamente occidental, a la vez que eran el enlace del Norte de Africa con todo el renacer modernizador del Próximo Oriente. Y así las creaciones tunecinas han tenido en el Oeste o «Maghreb» un carácter de anticipaciones.

En 1875 el Colegio Sadiki que fundó el gobernante reformista Jaireddín, fué el primer intento de una universidad moderna árabe e islámica (aunque luego el protectorado limitó sus funciones). En 1896 la organización llamada Jaldunía, que fundó el presidente del Habbus Bachir Star, fué la primera entidad de altos estudios con carácter académico e investigador del mundo árabe. Desde 1902 la medieval universidad coránica de la Azzituna había iniciado una revivificación depuradora de las ciencias islámicas, a la vez que Al Azhar, de El Cairo, aunque sin sacudidas de transferencias. También las escuelas primarias modernizadas de enseñanza femenina desde 1908 fueron una sacudida para lo norteafricano en apagamiento desde el siglo xv. En 1934 el Neo Destur fué el primer partido político norteafricano de carácter juvenil-progresista que llegó a actuar públicamente como nacionalista reformador. Bajo la ocupación del Eje

durante la segunda guerra mundial tuvo Túnez por un momento el primer Gobierno norteafricano sin protectorado. Después de una transición fué el Gobierno de autonomía interna el 1947. Y también en 1947 la organización sindical U. G. T. T., que había fundado Ferhat Hached, dió origen a todos los movimientos sindicales norteafricanos.

Las convenciones franco-tunecinas que se firmaron en junio de 1955 fueron la última de la larga serie de anticipaciones en la que Tunicia se había adelantado a Argelia y Marruecos o les había preparado algunos pasos de su evolución; por lo cual Túnez era con frecuencia calificado de *pays pilote* con gran satisfacción del amor propio local. Como las convenciones de 1955 se firmaron en un momento en que la crisis marroquí conocía su nivel más bajo y Argelia entraba en su más angustiosa etapa de transición hacia no se sabe qué destinos, los dirigentes tunecinos que seguían al criterio fríamente práctico de Habib Burquiba, creían que aplicándose con empeño, y en primer lugar, a la aplicación de las referidas convenciones (con minuciosos detallismos de traspaso de servicios gubernamentales y administrativos) no sólo aseguraban la continuidad del naciente régimen de «independencia interna», sino que podrían servir como referencia y experiencia en el resto de Africa del Norte.

Todas estas creencias hubieron de disiparse ante lo rápido y lo extenso de las sacudidas que lanzaron a la acción a las masas más numerosas de los otros dos países norteafricanos, a los cuales pasaron desde fines de 1955 las iniciativas que antes habían sido principalmente tunecinas. La acción de los guerrilleros argelinos, aunque inspirada en el precedente de los fellaghas de Tunicia, tomó rumbo más amplios por causas como los mayores estímulos de dureza del ambiente y la anterior formación en las filas del Ejército francés de muchos guerrilleros. En cuanto a Marruecos, más rico y con una tradición nacional más sólida, además de contar con un elemento humano que se distingue por la energía, al obtener una declaración de independencia antes de toda negociación, dejaba muy atrás a Túnez. Porque Túnez sólo había conseguido una autonomía interna después de varios años de discusiones e incidencias.

Así Habib Burquiba, cuando obrando en calidad de jefe del partido Neo Destur fué a París en febrero del corriente año, tuvo como uno de sus esenciales objetivos el de que el Estado tunecino no se

quedase atrás respecto al marroquí. Aunque también hubo en ese viaje un motivo interno de propaganda electoral. Pues ante las anunciadas elecciones constituyentes se trataba de quitar la bandera de las reivindicaciones nacionalistas a los partidarios del expulsado, pero siempre influyente jefe de la oposición, Salah Ben Yusef.

La eliminación de Salah Ben Yusef del escenario de la política tunecina activa a fines de enero fué por eso un acontecimiento acaso tan importante en calidad de fecha histórica como los posteriores de la declaración de independencia en París, las elecciones constituyentes y la formación del Gobierno de Habib Burquiba. Pues ahora el Neo-Destur «permanente» y gubernamental (o sea, el que sigue fiel a Burquiba) ha quedado totalmente «engagé», lo cual puede llevarle tanto al total triunfo como al desgaste, quedando así acumulados en torno a Salah Ben Yusef los factores de lo imprevisto.

Sobre la declaración de independencia en París, las informaciones y las glosas fueron especialmente abundantes y minuciosas, tanto en Francia como en el Norte de Africa y otros países. Las negociaciones que la precedieron habían sido pedidas por el Gobierno tunecino el 10 de febrero, desarrollándose entre el 27 de ese mes y el 20 de marzo en que se firmó un protocolo. La parte más constante de las conversaciones de detalle estuvo a cargo de un ministro de Estado tunecino y otro francés. La firma del protocolo o acuerdo provisional de reconocimiento de independencia mezclada con interdependencia estuvo a cargo del jefe del Gobierno del Bey, Tahar Ben Ammar, y el ministro del Exterior francés Christian Pineau. Habib Burquiba no firmó nada, pero intervino en los momentos más solemnes con cierto aparato que parecía destinado a afirmar la preeminencia del *leader* del Neo Destur entre los otros dirigentes tunecinos, y «à lui fournir des éléments indiscutables de prestige et de popularité» (según una observación de algunas publicaciones técnicas parisienses).

El contenido del acuerdo del 20 de marzo tenía un significado netamente provisional, no sólo por calificarse así y por determinarse en su texto que otras negociaciones de puesta en marcha deberán seguir a partir de abril, sino porque los tunecinos no obtuvieron en ello nada concreto sobre medidas efectivas que aumentasen las atribuciones de independencia restringida de las convenciones que se firmaron en 1955. El protocolo de marzo reconocía que el tratado entre Francia y Túnez del 12 de mayo de 1881 «ya no puede de-

terminar las relaciones entre ambos países», pero ese tratado no fué claramente abolido sino sólo soslayado. Y en cuanto a las dos reivindicaciones fundamentales tunecinas de la defensa y las relaciones exteriores, todo quedó subordinado a los intereses comunes de la interdependencia.

A pesar de lo indeciso del texto de marzo y de las incógnitas que le ofrece su discusión pendiente ante el Parlamento francés, los negociadores de Túnez lo consideraron suficiente como punto de partida para conseguir el éxito del Neo Destur y de su jefe, quien desde entonces sólo tuvo que ir recorriendo varias etapas previamente previstas hacia el poder.

El 21 de marzo fué la solemne proclamación de independencia a la vez que Burquiba, recibido con bulliciosas manifestaciones callejeras, iba a visitar al Bey. El 25 se celebraron las elecciones generales para proveer 98 puestos de la Asamblea Nacional que actuará como Constituyente, y votaron 605.348 electores de un total de 750.000, siendo 597.763 votos para la coalición llamada «Frente Nacional» que así pudo «copar» el total de escaños de la Asamblea. Dicho frente lo formaban el Neo Destur de Burquiba, la Unión General del Trabajo tunecino (U. G. T. T.), la Unión Nacional de Agricultores y la Unión Tunecina de Artesanos y Comerciantes. El número mayor de puestos dentro de dicha coalición fué para el Neo Destur que ocupó 86 de los escaños. Los grupos disidentes salidos del Neo Destur, más los miembros del Viejo Destur y análogos se abstuvieron de votar. Así votos adversos sólo hubo algunos millares sueltos de comunistas y de independientes.

Era necesaria consecuencia la concesión de la mayor autoridad a Burquiba. Después de una primera decisión tomada por aclamación de que fuese Burquiba el presidente de la Asamblea Constituyente, la dimisión del Gobierno de negociaciones que había presidido Tahar Ben Ammar, fué seguido del encargo que el Bey hizo a Burquiba de formar el nuevo Gabinete, lo cual hizo éste el día 10 de abril. El Gobierno Burquiba se compone de seis ministros del Neo Destur (siete incluyendo a Burquiba), cuatro del U. G. T. T. y un independiente. El total de carteras asciende a catorce, de las cuales Burquiba se reservó junto con la presidencia las de Defensa y Exterior (funciones que antes estaban reservadas a Francia) y que han que-

dado en régimen de transición. El Gobierno se presentó el 17 a la Asamblea obteniendo un voto de confianza.

Mientras la Asamblea comenzaba a fines de abril sus sesiones para ir elaborando los estatutos del futuro régimen, en una labor de la cual se cree que durará unos seis meses, el Gobierno se preocupaba, sobre todo, de cuestiones exteriores. Así, por medio de contactos oficiales con los representantes consulares de varias naciones acreditadas en Tunicia, se han comenzado a estudiar las formas de que a esas representaciones se les pueda dar carácter diplomático con reciprocidad. Por otra parte, ya desde los principios de las negociaciones de París, Burquiba había puesto especial empeño en hacer saber a través de una agencia informativa norteamericana que apenas se consiguiese el objetivo de «concluir una alianza con Francia» el principal objetivo inmediato de Tunicia había de ser presentar su candidatura como país miembro de las Naciones Unidas.

Respecto a la sugestiva cuestión de las posibles relaciones futuras de Tunicia con la Liga Arabe (cuestión que viene estando presente en el ánimo de todos) el actual Jefe del Gobierno la soslaya, acaso por razones de gradación en las posibilidades que hacen comenzar por atender a los valores de relaciones atlánticas, en los cuales figuran los de Estados Unidos.

Esto da, sin embargo, ocasión a que en algunos sectores de revistas técnicas coloniales francesas se apunte que ahora el polo de las relaciones exteriores tunecinas ha quedado estabilizado en París, no en El Cairo. También que este es el punto central del éxito de Burquiba y sus amigos sobre la disidencia por ahora vencida del exilado Salah Ben Yusef. Y en tal afirmación hay, desde luego, un factor cierto, en la evidencia de que por unos u otros motivos el Neo Destur oficial ha quedado «engagé» por su colaboración con los Gobiernos de París y con Francia en general. Lo mismo si obran factores de una entusiasta francofilia que si con éstos se mezclan otros de oportunismos políticos de aprovechar el rumbo más fácil, o con el predominio de una necesidad de aprovechar lo ya conseguido para construir luego prudentemente la próxima etapa, los actuales destinos del partido Neo Destur están parcialmente entre las manos de Francia, de cuya sincera colaboración dependen ahora sus éxitos o sus retrocesos. Y esta realidad del momento pesa sobre todo el des-



arrollo del momento de transición hacia la independencia efectiva, mucho más que el desarrollo de las tareas de la Asamblea.

Con mayor claridad puede decirse que la evolución tunecina en este momento de transición más acusado ha quedado sometida o subordinada al desarrollo de la crisis y al problema de Argelia. Sobre el ánimo de los gubernamentales de Túnez y Cartago tanto como sobre el de los opositores, pesa el temor de que las concesiones a Marruecos y Túnez se hayan hecho desde París sólo para poder concentrar sobre Argelia los esfuerzos de represión, y que si la opinión musulmana argelina perdiera toda oportunidad de expresarse, luego le tocase a Marruecos y Túnez perder parte de las nuevas ventajas que han conseguido de sus negociaciones. Es un recelo que en Túnez ha aumentado después de que el periódico de aquella ciudad, *Al Amal* (órgano del Neo Destur) publicó hacia el 15 de abril una entrevista con el Estado mayor del argelino «Frente de Liberación» cuyos miembros decían que «sin la independencia de Argelia, las independencias de Marruecos y Túnez son una añagaza». Y, por otra parte, Ferhat Abbas (hasta ahora considerado como el jefe de la tendencia nacional argelina más moderada respecto a Francia) dijo en *El Cairo* hacia el 25 de abril que «no habrá ninguna independencia en los países del Maghreb árabe sin la libertad de Argelia».

Esto explica la importancia que en los diversos círculos políticos de los varios países que de un modo u otro se relacionan con las cuestiones de Africa del Norte, se ha dado al rumor (recogido por un diario de París) de que el presidente Bourguiba se ha puesto de acuerdo con el Gobierno del Sultán Muley Mohammed V para solicitar del Gobierno francés la intervención en una negociación de pacificación argelina. Túnez y Marruecos pedirían a los guerrilleros de Argelia que cesando en sus actividades se concentrasen en los montes próximos a la frontera tunecina, al mismo tiempo que las tropas francesas paraban sus operaciones. Luego se convocarían unas elecciones libres para conocer la opinión de los argelinos en general, y dichas elecciones se desarrollarían bajo la supervisión de observadores neutros procedentes de la O. N. U. (observadores que serían, por ejemplo, hispano-americanos o pakistanos).

Este plan pudiera no ser exactamente tal y como se dice. Y en caso de serlo pudiera no realizarse por resultar incompatible con la posición oficial de los gobernantes de París que retiraron su delega-

ción de la O. N. U. precisamente cuando ésta trató de intervenir en Argelia en una ocasión anterior. Pero el hecho de haberse intentado o sugerido es una manifestación clara de cómo la evolución tunecina no puede continuar dentro de cuadros locales, sino que ha de ir sincronizada con lo norteafricano en general. Y es también característico el deseo de que cuando Tunicia pueda establecer libremente representaciones diplomáticas (en París, en Wáshington, en Roma, en Madrid, en El Cairo), se desea que una de las primeras sea una embajada o Legación tunecina en Rabat, estableciendo así un flanqueo tunecino-marroquí que constituiría una novedad abundante en posibilidades.

El arraigo mayor del factor norteafricano no excluye, sin embargo, el próximo-oriental. Tanto porque en lo externo la Liga Arabe el 18 de abril después de reconocer solemnemente las independencias marroquí y tunecina expresó la esperanza de una incorporación de los dos países a dicha Liga, como porque interiormente en Tunicia los diversos núcleos de oposición política que se agrupan en torno a la figura de Salah Ben Yusef, representan todas las tendencias a una vinculación preferente de su país con el centro político internacional de la capital egipcia, donde reside una numerosa colectividad de origen tunecino.

RODOLFO GIL BENUMEYA